

Abū Ḥāmid al-Ghazālī

Carta al discípulo

seguida de

Las maravillas del corazón

Versión, estudio y notas

de

J.J. Acevedo V.

Pronunciación de las palabras árabes

<i>th</i>	zeta castellana
<i>j</i>	jota inglesa en John o <i>jeans</i>
<i>kh</i>	jota castellana fuerte
<i>dh</i>	<i>th</i> inglesa en <i>other</i> o <i>bother</i>
<i>z</i>	zeta inglesa o francesa
<i>gh</i>	<i>r</i> francesa
<i>h</i>	jota latinoamericana, como la <i>h</i> inglesa en Harry o <i>hello</i> , excepto al final de palabra donde es muda

Las consonantes dobles se pronuncian como tales, p. ej. *Allah* se ha de leer al-lá. Pronúnciense las vocales y las demás consonantes como en castellano para obtener una pronunciación aproximada. Las consonantes subpuntuadas y las vocales largas se han agregado para los especialistas, con sus valores convencionales (nótese que con pequeñas variaciones seguimos las transliteraciones de la *Encyclopædia of Islam* y de la Biblioteca del Congreso).

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

*Bismi 'Llāhi 'r-raḥmāni 'r-raḥīm**

La alabanza es de Dios, Señor de los Mundos, y el triunfo es de quienes Lo tienen presente, y la Bendición y la Paz sean sobre Su Profeta Muḥammad y su familia toda.

Has de saber que uno de los primeros discípulos del Maestro, el Imán, Ornamento de la Religión, Prueba del Islam, Abū Ḥāmid ibn Muḥammad al-Ghazālī (*qaddasa 'Llāhu ruḥahu*[†]), que se había ocupado de adquirir y estudiar la Ciencia bajo su tutela hasta dominar los detalles de las ciencias y perfeccionar las virtudes del alma[‡], meditando un día sobre el estado de su alma, tuvo la siguiente ocurrencia: «He investigado —se dijo— las diversas ciencias, y he dedicado la flor de mis años a estudiarlas y acumularlas, y ahora

*«En nombre de Dios el Todo-Misericordia, el Muy Misericordioso». Con esta invocación comienzan todas las empresas de los hombres, así como todos los textos tradicionales del mundo islámico hace casi milenio y medio. Las fórmulas laudatorias o deprecatorias que forman parte de la cortesía religiosa (*ādāb*) del mundo islámico y que se usan en numerosas ocasiones pertenecen más bien al lenguaje litúrgico y pierden su valor ritual al ser traducidas. Al hablar en cualquier idioma distinto del árabe, como es natural para la gran mayoría de los musulmanes del mundo actual, lo correcto y espontáneo es mantenerlas en árabe. En la medida de lo posible nos apegamos a esta consideración.¶ Las notas numeradas son referencias coránicas y se encuentran al final del libro.

[†]«Dios santifique su espíritu».

[‡]En su acepción más baja, la palabra alma (lat. *anima*, *æ*) corresponde en la psicología tradicional a lo que la psicología moderna ha dado en llamar el ego, la personalidad (en el sentido más corriente), o la «individualidad»; por eso muchos traductores usan los pronombres personales y los reflexivos cuando traducen el término árabe en cuestión (*nafs*), v.g.: «estoy triste» por «mi alma está triste», «edúcate a ti mismo» por «educa tu alma». Preferimos usar la terminología tradicional que tiene el efecto, sin duda no casual, de objetivar en nuestra consciencia todo aquello que solemos identificar, casi siempre a la ligera, con nosotros mismos. El mejor ejemplo lo da el Profeta en un famoso dicho, de nobles ecos griegos por cierto, en el que la palabra alma es usada en su sentido supremo: «Quien conoce su alma [o “se conoce a Sí mismo”], conoce a su Señor».

necesito estudiar cuál de ellas me será provechosa después y me asistirá en la tumba; y la que no me aproveche habré de dejarla, según dijo el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*^{*}): “¡Oh Dios mío, líbrame de todo conocimiento inútil!”».

Y se empecinó en estas ideas hasta que le escribió una carta a su Presencia, el Maestro, Prueba del Islam, Muḥammad al-Ghazālī (*raḥimahu 'Llāhu ta'ālā*[†]), consultándolo y haciéndole preguntas, y pidiéndole consejos y oraciones en estos términos: «Si bien es verdad que los libros del Maestro, como la *Revivificación*...[‡] y los otros, contienen las respuestas a mis preguntas, mi interés es que el Maestro escriba lo que necesito en unas cuantas páginas que me acompañen por el resto de mi vida, para obrar según ellas en los años que me queden, si Dios Altísimo así lo quiere». Entonces el Maestro le escribió la siguiente carta en respuesta... y más sabe Dios.

§

Has de saber, oh hijo mío caro y amado —Dios prolongue tu vida en Su obediencia y te haga recorrer el camino de Sus amados— que tenemos consejos evidentes en el Modelo de los Mensajeros[§]. Si ya has recibido consejo de él, ¿qué autoridad puede tener mi consejo para ti? Y si todavía no lo has recibido, dime ¿qué has ganado en estos últimos años?

Oh hijo mío, entre los consejos que el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*) dejó a su comunidad se encuentra la siguiente admonición: «Un indicio de que Dios Altísimo ha abandonado a su siervo es que éste se ocupe de lo que no le atañe; y si pierde una hora de su vida ocupado en algo ajeno a la devoción para la que fue creado, entonces merece la prolongación de sus sufrimientos; y quien pasa los cuarenta años sin que sus virtudes hayan dominado sus vicios debe prepararse para el fuego.» Y en esto ya hay consejo suficiente para los buenos entendedores.

Oh hijo mío, dar consejo es sencillo —lo difícil es recibirlo— y es de gusto amargo para quienes están acostumbrados a seguir sus propios deseos, pues lo prohibido es dulce para sus corazones, en

* «Dios lo bendiga y le dé la Paz».

† «Dios Altísimo tenga misericordia de él».

‡ La *Revivificación de las Ciencias de la Religión* (*Iḥyā' 'ulūm al-Dīn*) es la obra maestra de Al-Ghazālī.

§ El Profeta.

especial para quien estudia las ciencias convencionales, entretenido con la satisfacción de su alma y los logros del mundo, creyendo que su mera ciencia lo salvará, que en ella está su redención y que no tiene necesidad de actuar; tal es la convicción de los «filósofos». ¡*Subhāna 'Llāhi 'l-'Azīm**! Este pobre infeliz ignora que si adquiere un conocimiento y después no lo pone en práctica, luego éste será usado como una prueba en su contra, según lo ha expresado el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*): «El más castigado el Día de la Resurrección será el hombre de conocimiento por cuyo saber Dios no recibió beneficio alguno».

Y se dice que al-Junayd[†] (*qaddasa 'Llāhu sirrahu*‡) después de muerto se le apareció en sueños a alguien y éste le preguntó: «¿Qué se cuenta, Abū' l-Qāsim?», y Junayd respondió: «Todas aquellas palabras se perdieron, y los gestos resultaron vanos, y sólo nos valieron unas postraciones hechas en medio de la noche.»

Oh hijo mío, no te arruines por falta de actos, cuida de que no te falten tampoco arrebatos místicos, y ten la certeza de que el mero saber no te ayudará. Imagínate un hombre cruzando el desierto, equipado con diez sables de la India y otras armas, un hombre valiente y guerrero, y viene un enorme y terrible león y se le abalanza. ¿Qué crees tú? ¿Van a librarlo de la muerte sus armas si no las empuña y las usa? ¡Es evidente que no lo salvarán si no las pone en acción empuñándolas! Lo mismo pasa si un hombre lee sobre cien mil cuestiones científicas y las entiende sin actuar de acuerdo con ellas: éstas no le servirán de nada si no las usa. Y un ejemplo más: un hombre enfermo con fiebre e ictericia, que se curan con ojimiel y hordiate, no se recuperará sino usándolas.

Aunque tengas mil botellas de vino,
no te embriagarás si no bebes.

Aunque estudiaras cien años y reunieras mil libros, no te beneficiarías de la misericordia de Dios Altísimo sino por tus actos: «Y no se le contará al hombre más que aquello por lo que se esfuerza»[†]; «y que quien espera encontrarse con su Señor haga actos

*«¡Gloria a Dios Todopoderoso!» Esta fórmula se usa corrientemente en el mundo islámico frente a algo evidentemente absurdo y contranatural.

†Abū' l-Qāsim al-Junayd († 901 d.C.), famoso santo bagdadí llamado «el Pavo Real de los pobres».

‡«Dios santifique su secreto», fórmula usada al referirse a un maestro sufí fallecido.

piadosos»²; «...su merecido por lo que han hecho»³; «En verdad, para quienes creen y actúan piadosamente serán los jardines de Firdaus, morada eterna de la que nunca querrán mudarse»⁴; «Y después de ellos vendrá una generación que abandonará la oración y seguirá sus pasiones; pronto verán su fin, excepto quien cree y actúa piadosamente, y éstos son los que entrarán a los jardines y en nada serán lastimados»⁵.

¿Y qué me dices del siguiente hadiz[†]: «El islam se levanta sobre cinco pilares: dar testimonio de que no hay dios sino Dios, persistir en la oración, pagar la limosna, ayunar en Ramadán[‡] y hacer la peregrinación a la Casa si uno tiene la posibilidad»?[§]

Y la fe es, en la lengua, una palabra, en el corazón, una creencia y, en los cinco pilares, acción; las evidencias en favor de la acción son innumerables. Aunque sea por el favor y la munificencia de Dios Altísimo que el siervo alcanza el Paraíso, lo hace tras recibir la ayuda de su propia obediencia y sumisión, según está escrito: «La misericordia de Dios está cerca de quienes obran bien»⁶. Y si acaso se nos objetara: «Pero alcanza el Paraíso por la sola fe», responderíamos: «Sí, pero ¿cuándo llega? ¿Y cuántos obstáculos difíciles deberá superar hasta lograrlo? Y el primero de estos obstáculos es el de la fe: ¿estará a salvo y en paz sin perder la fe o no? ¿acabará llegando frustrado y arruinado? Ḥasan al-Baṣrī[¶] contaba: «El Día de la Resurrección, Dios Altísimo dirá a sus siervos: “Entrad al Jardín, siervos míos, por mi Misericordia, y repartióslo en proporción a vuestras acciones”».

Oh hijo mío, no obtendrás recompensa mientras no actúes. Se cuenta que un hijo de Israel había servido a Dios Altísimo por setenta años. Y quiso Dios Altísimo probarlo a los ojos de los ángeles, y así envió uno a decirle que a pesar de su servicio, no le tocaba entrar al Jardín. Y dijo el siervo: «Nosotros hemos sido creados para el servicio, y es nuestro deber servir». Cuando el ángel

*Firdaus es el nombre del más elevado de los paraísos.

[†]Un dicho o sentencia (hadiz) del Profeta sólo es segundo en autoridad a la palabra del Corán.

[‡]Noveno mes del calendario islámico.

[§]La Casa (de Dios), el templo en Meca, centro material del mundo islámico, hacia donde se vuelven los musulmanes cinco veces al día para orar.

[¶]Uno de los más célebres «sucesores» del Profeta († 110 a.H./728 d.C.), estimado por su elocuencia y sobre todo por su santidad. Suele figurar en la genealogía de numerosas órdenes sufíes como un eslabón de primera importancia, y su tumba en Basora es todavía hoy lugar de peregrinación.

volvió, dijo: «Dios mío, Tú sabes mejor cuál fue su respuesta». Y dijo Dios Altísimo: «Puesto que él no se apartó de Nuestro servicio, Nosotros, con Nuestra Gracia, no Nos apartaremos de él. ¡Sed testigos, ángeles míos, de que ya lo he perdonado!».

Y el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*) ha dicho: «Pedid cuentas a vuestras propias almas antes de que os sean pedidas, y pesad vuestras acciones antes de que os sean pesadas». Y Ali* (*raḍīya 'Llāhu 'anhu*[†]) ha dicho: «Quien crea que tendrá éxito sin esfuerzo es un iluso, y quien crea que tendrá éxito por hacer grandes esfuerzos es un arrogante». Y Ḥasan[‡] (*raḥimahu 'Llāhu ta'ālā*) ha dicho: «Aspirar al Paraíso sin actos es un pecado entre pecados»; y él mismo ha dicho: «Un indicio de una comprensión directa y profunda de la verdad[§] es el olvidarse de los actos sin olvidar ejecutarlos». Y dijo el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*): «Es perspicaz quien sojuzga su propia alma y actúa con vistas a lo que hay después de la muerte, y es estúpido quien sigue sus propios deseos y se confía a la idea de que Dios Altísimo le cumplirá sus anhelos».

Oh hijo mío, ¡cuántas noches has pasado en vela repasando tus lecciones, escudriñando libros y privando a tu alma del sueño! ¿Para qué? No entiendo cuál era el motivo de todo eso. Si era para obtener los honores del mundo y por la atracción de sus chucherías, y para conseguir sus rangos y luego vanagloriarte frente a tus compañeros y amigos, ¡ay de ti!, y ¡ay de ti! Pero si tu propósito era hacer algo vivo de la ley del Profeta (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*), enmendar tu carácter y quebrar esa alma tuya «que pide el mal»⁷, entonces bendito seas, y ¡bendito seas! Con verdad decía el poeta:

Si no es por mirar Tu Rostro
en vano velan los ojos;
si no es por llorar Tu pérdida
en vano lloran.

*Una de las figuras más veneradas del mundo islámico, primo y yerno del Profeta, de quien éste dijera: «Yo soy la ciudad de la ciencia, y Ali es su puerta».

[†]«Dios esté complacido con él».

[‡]Hijo de Fátima y Ali, nieto del Profeta.

[§]*ḥaqīqa*, en este contexto, y al igual que la palabra griega *gnōsis*, significa tanto el acto como el objeto del conocimiento intelectual, ese «saber misterioso en el que sujeto y objeto son Uno, y por el que el hombre es hombre». Ver Apéndice.

Oh hijo mío, vivas como vivas, de seguro morirás; ames lo que ames, de seguro lo perderás; y hagas lo que hagas, Dios te lo pagará.

Oh hijo mío, a fin de cuentas, ¿para qué tantos estudios de teología, retórica, medicina, administración, poesía, astronomía, métrica, sintaxis y morfología sino para malgastar tu vida apartándote del Señor de Majestad?

Una vez encontré lo siguiente en el Evangelio de Jesús* (*‘alayhi al-ṣalātu wa al-salāmu*[†]): «Entre el momento en que un hombre muerto es puesto en su ataúd y el momento en que llega al borde de la tumba, Dios le plantea, en Su Gran Poder, cuarenta preguntas, y la primera es: «Oh siervo mío, durante años te has mostrado puro frente al mundo, pero a Mí no Me has mostrado esa pureza ni una sola hora. Y cada día Él miraba dentro de tu corazón diciendo: “¿Qué tanto haces para los demás, cuando estás rodeado siempre por Mis beneficios? ¿En verdad eres sordo y no oyes!”».

Oh hijo mío, el conocimiento sin acción es locura, y la acción sin conocimiento no termina en nada.

Has de saber que el conocimiento que no te aparta hoy del pecado y que no te conduce a la sumisión, tampoco te apartará mañana del fuego del infierno, y que si no actúas hoy de acuerdo con tus conocimientos y no recuperas los días perdidos, cuando llegues mañana al Día de la Resurrección dirás: «¡Devolvednos y haremos el bien!»[‡], y te responderán: «¡Idiota! ¡Si acabas de llegar de allí mismo!»

Oh hijo mío, adquiere resolución en el espíritu, sometimiento del alma y muerte en el cuerpo, pues tu morada es la tumba, y la gente de las tumbas te espera en cualquier momento. Cuídate de no llegar a ellos sin avío. Decía Abū Bakr al-Ṣiddīq[‡] (*raḍīya ‘Llāhu ‘anhu*): «Estos cuerpos son una jaula para pájaros o un establo para bestias. Reflexiona sobre tu alma: ¿cuál de ellos eres tú? Si eres

*La palabra árabe *Injīl* (traducida corrientemente como «Evangelio») designa en general la revelación transmitida por ‘Issā bin Maryam (Jesús, hijo de María), y en ocasiones los textos en lengua árabe usados por los cristianos orientales a comienzos de la Hégira. Las tradiciones islámicas abundan pues en citas evangélicas que no coinciden con el texto actual (*textus receptus*) del Evangelio.

[†]«la bendición y la paz sean con él».

[‡]Primero de los cuatro califas «rectos» o sucesores reconocidos por los sunitas. El Profeta le dio el apelativo de *ṣiddīq*, el «sincero», el «veraz», «en quien se puede confiar porque confía», cuando se distinguió por ser el único que no dudó ni un instante en la veracidad del relato del viaje nocturno y la ascensión celestial del Profeta.

uno de los pájaros supernos, cuando oigas el redoble del tambor que dice “¡Vuelve a tu Señor!”, remóntate volando hasta posarte en la más alta de las torres de los Jardines, a donde se refería el Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*) cuando dijo: “el Trono del Infinitamente Misericordioso se estremeció con la muerte de Sa‘d ibn Mu‘ādh”*. Y Dios te guarde de ser una de las bestias que menciona Dios Altísimo al decir: “Aquellos son como ganado, o incluso andan más perdidos”⁹. No vayas a creer que estás a salvo de pasar de un rinconcito de tu casa al abismo del Fuego.»

Se cuenta que una vez le dieron a Ḥasan al-Baṣrī (*raḥimahū 'Llāhu ta‘ālā*) un poco de agua fría, y al tomar el vaso se desmayó dejándolo caer. Al volver en sí, le preguntaron: «¿Qué pasó Abū Sa‘īd?». Dijo: «Me vino a la mente la ansiedad de los habitantes del fuego cuando le dicen a la gente del Jardín: “¡Derramad un poco de agua sobre nosotros, o de lo que Dios os haya otorgado!”»

Oh hijo mío, si el mero conocimiento fuera suficiente para ti y no necesitaras de los actos, sería vano y sin objeto que Dios exclamara: «¿Hay alguien pidiendo algo? ¿Hay alguien pidiendo perdón? ¿Hay alguien arrepintiéndose?».

Se cuenta que una vez estaban reunidos unos Compañeros (*riḍwānu 'Llāhi 'alayhim ajma‘īn*[†]), y mencionaron a ‘Abd Allāh, el hijo de ‘Umar[‡] (*raḍīya 'Llāhu ‘anhuma*[§]) frente al Profeta (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*), y éste dijo «¡Qué hombre tan excelente sería si rezara de noche!». En otra ocasión, él mismo (*'alayhi al-ṣalātu wa al-salām*) dijo a uno de los Compañeros: «Oye, fulano, no duermas mucho por la noche, pues el mucho dormir de noche deja al hombre despojado en el Día de la Resurrección».

Oh hijo mío, cuando se dice «resérvate una parte de la noche para velar con devociones adicionales»¹⁰, se trata de una orden; cuando se dice «piden perdón en la madrugada»¹¹, se trata de una acción de gracias; «y los que imploran el perdón en la madrugada»¹² es un recordatorio. Y él (*'alayhi al-salām**) ha dicho:

*Uno de los Compañeros —es decir un musulmán contemporáneo del Profeta Muḥammad— venerados por la comunidad islámica como fuente de inspiración y ejemplo a través de los siglos.

†«Sea con ellos todos la Complacencia de Dios».

‡El segundo de los califas «rectos», gobernó de 634 a 644. Su hijo ‘Abd Allāh es uno de los más fidedignos y reputados transmisores de tradiciones proféticas (hadices).

§«Dios esté complacido con ambos».

*«La Paz sea con él».

«Dios Altísimo ama tres voces: la voz del gallo, la voz de quien recita el Corán y la voz de quienes piden perdón en la madrugada.» Sufyān al-Thawrī[†] (*rahimahu 'Llāhu ta'ālā*) decía: «Dios Bendito y Altísimo creó un viento que sopla en la madrugada llevando las invocaciones y las peticiones de perdón al Rey Todopoderoso». Él mismo decía también: «Cuando comienza la noche, un heraldo exclama desde el pie del Trono Divino “¡Que se levanten quienes sirven a Dios!” Y éstos se levantan y oran hasta que Dios así lo quiera. Luego, a medianoche, un heraldo exclama “¡Que se levanten los piadosos!” Y éstos se levantan y oran hasta el alba. Y a la hora del alba llama otro heraldo “¡Que se levanten quienes piden perdón!” Y éstos se levantan y piden perdón. Y cuando ya rompe el alba, llama otro heraldo “¡Que se levanten los indolentes!” Y éstos se levantan de sus camas, como muertos saliendo de sus tumbas.»

Oh hijo mío, se cuenta que entre los consejos que dejó el sabio Luqmān[‡] a su hijo se encuentra éste: «Hijo mío, que nunca se te adelante el gallo a hacer su llamado en la madrugada mientras tú todavía duermes». Con verdad decía el poeta:

Una paloma gimió en el seno de la noche
desde una frágil rama... ¡y yo durmiendo!
¡He sido un mentiroso! ¡Por la Casa de Dios,
si fuera yo un amante,
no me superarían con su llanto las palomas!
Me jacto de estar loco de amor,
lleno de ansia por mi Señor,
y no tengo ni las lágrimas que tienen ellas.

Oh hijo mío, la perfección del saber es que sepas lo que son la obediencia y la adoración. Has de saber que la obediencia y la adoración consisten en la conformidad con el Legislador[§] en cuanto a preceptos y prohibiciones, tanto de palabras como de actos; esto es: que todo cuanto dices, haces y dejas de hacer siga el modelo de la Ley, de modo que si, por ejemplo, ayunaras el día de la fiesta de

[†]Famoso asceta y teólogo († 777 d.C.).

[‡]Sabio pre-islámico que da su nombre a la azora xxxi del Corán.

[§]En el islam tradicional, como en todas las civilizaciones premodernas, se entendía que la autoridad de la ley, como la fuente de la justicia, pertenece al ámbito de la trascendencia. Es natural pues que en contextos legales suela usarse la palabra *shāri'* (legislador) para referirse a Dios.

‘Īd o los días de Tashrīq* serías un rebelde; o si rezaras con una ropa robada, aunque pareciera devoción estarías pecando.

Oh hijo mío, te conviene que tus palabras y tus actos se apeguen a la Ley, pues conocimiento y acción que no tienen a la Ley como modelo son error. No debes dejarte confundir por los excesos y las exageraciones de los místicos, pues el viaje por este camino es combatiéndose a sí mismo, quebrando los apetitos del alma y sometiendo sus deseos con la espada de la disciplina, ¡no con exageraciones y vanas quimeras! Has de saber que una lengua suelta y un corazón atiborrado de vanidad y caprichos son signos funestos, y si no sometes tu alma en la sinceridad de la guerra interior, tu corazón no será vivificado por las luces de la gnosis†.

Has de saber que algunas de las preguntas que me has hecho no pueden responderse ni escribiendo ni hablando; si llegas al estado correspondiente sabrás las respuestas; y si no, es imposible, porque pertenecen al ámbito de la percepción‡, y la descripción de todo lo que pertenece a la percepción está más allá de la palabra, así como la dulzura de lo dulce y la salinidad de lo salado, que no se conocen sino a través del gusto.

Se cuenta que un hombre impotente escribió a un amigo pidiendo que le describiera el placer sexual. El amigo le respondió así: «Ay, fulano, yo sólo te tenía por impotente. Ahora sé que eres impotente y además tonto, porque este placer es de los sentidos: si lo experimentas lo conocerás, pero no puede describirse hablando o escribiendo.»

Oh hijo mío, algunas de tus preguntas son como ésta última, y otras, las que pueden ser respondidas, ya las he tratado en la *Revivificación de las Ciencias* y en otras obras. Voy a recordártelas un poco aquí, pero ya sabes que debes referirte a ellas. Así pues, había escrito:

El viajero espiritual tiene cuatro necesidades.

1. Una doctrina auténtica, libre de innovaciones.
2. Una compunción sincera, después de la cual no se regrese al pecado.
3. Reconciliarse con los enemigos hasta no dejar ni una sola cuenta pendiente.

*Los tres días después de ‘Īd al-Aḏhā, la Fiesta del Sacrificio, décimo día del mes de la Peregrinación.

†ma‘rifa.

‡dhawq, «gusto».

4. Adquirir suficiente conocimiento de la ley religiosa como para cumplir con la voluntad de Dios Altísimo, y luego de las otras ciencias en las que se halla salvación.

Se cuenta que Shiblī* (*rahīmahu 'Llāh*) había estado al servicio de cuatrocientos maestros, y que solía decir:

Después de leer cuatro mil hadices, escogí uno solo y lo puse en práctica dejando de lado todo lo demás, pues meditándolo encontré en él mi liberación y mi salvación; en él estaba todo el conocimiento de los antiguos y los modernos, y quedé satisfecho con él, y dice así: «El Enviado de Dios (*ṣallā 'Llāhu 'alayhi wa-sallam*) dijo a uno de sus compañeros: “Trabaja por la vida del mundo en proporción a tu estadía en ella, y trabaja por el más allá en proporción a tu subsistencia eterna allí. Trabaja por Dios en proporción a la necesidad que tienes de Él, y trabaja por el fuego del infierno en proporción a tu capacidad para soportarlo”».

Oh hijo mío, estudiando bien este hadiz no necesitarás muchos estudios.

Medita también esta otra historia: Ḥatim al-Aṣamm[†] era uno de los compañeros de Shaqīq al-Balkhī[‡] (*rahīmatu 'Llāhi ta'ālā 'alayhima[§]*), y un día éste le dijo: «Me has acompañado ya durante treinta años. ¿Y qué has ganado con eso?» Ḥatim respondió: «He aprendido ocho lecciones que me bastan, pues con ellas espero ganar mi liberación y mi salvación». Y dijo Shaqīq: «¿Cuáles son?». Ḥatim respondió:

He observado a las criaturas, y he visto que todas tienen un objeto de amor y de cariño al que aman y quieren. Algunos de estos acompañaban a la persona durante su enfermedad postrera, y algunos incluso hasta el borde de la tumba, pero luego todos se retiraban, dejándola sola y desamparada; ni uno solo de ellos entraba a la tumba. Y reflexioné sobre esto y me dije: el mejor de los amores es el que lo sigue a uno hasta la tumba y le hace compañía también allí. Y no encontré nada que fuera capaz de ello sino las

*Discípulo de Junayd, famoso por su ascetismo y piedad, cuya tumba en Bagdad es venerada todavía hoy.

[†]Al-Aṣamm, «el sordo», porque se cuenta que una vez este famoso místico había fingido sordera para evitar entrar en conversación con un importuno.

[‡]Ambos sufíes del s. ix provenientes de Balkh, la antigua Bactra (hoy parte de Afganistán), en el Khorasán.

[§]«la misericordia de Dios Altísimo esté con ellos».

buenas obras; y las he hecho objeto de mi amor, para que me sean una luz en mi tumba y me acompañen sin dejarme solo.

He visto que las criaturas son guiadas por sus caprichos y se afanan por seguir los deseos de su alma. Esto me ha hecho meditar en las palabras del Altísimo: «Mientras que quien haya temido comparecer ante su Señor, y preservado su alma de la pasión, tendrá el Paraíso por morada»¹³. Así pues, creyendo firmemente que el Corán es la verdad segura, me dediqué sin más a contradecir a mi alma, y me puse a combatirla y contener sus pasiones, hasta que por fin encontré placer en la obediencia de Dios Glorioso y Altísimo y se dio por vencida.

He visto a toda la gente sin excepción correr atesorando las cosas del mundo y luego aferrarse a ellas ansiosamente, y esto me ha hecho meditar en las palabras del Altísimo: «Lo que vosotros tenéis se agota. En cambio lo que Dios tiene perdura»¹⁴. Así que por amor de Dios Altísimo me desprendí de los bienes del mundo y los repartí entre los pobres para que se me convirtieran en un tesoro a los ojos de Dios Altísimo.

He visto algunas de las criaturas pensar que su honor y poder dependían del tamaño de sus naciones y tribus, y así se envanecían de estos. Otros pensaban que dependían de sus riquezas y del número de sus hijos, y se enorgullecían de estos. Otros creían que el honor y el poder consistían en despojar a otros de sus bienes, tiranizarlos y derramar su sangre; otro grupo pensaba que consistían en gastar dinero, prodigándolo y desperdiciándolo. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «Para Dios, el más noble de entre vosotros es aquél que más Le teme»¹⁵. Así pues opté por el temor de Dios, creyendo firmemente que el Corán es la verdad segura y que las opiniones y las conjeturas de aquéllos eran vanas y falaces.

He visto a los hombres insultarse y calumniarse, y observé que esto se debía a la envidia de las propiedades, el prestigio y el saber. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «Somos nosotros quienes proveemos sus bienes para la vida del mundo». Así supe que la provisión viene de Dios Altísimo en la eternidad, y ya no envidié a nadie y encontré satisfacción en la provisión de Dios Altísimo.

He visto a los hombres hacerse enemigos por todo tipo de causas y motivos. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «En

verdad, vuestro enemigo es Satán; tomadlo pues como enemigo». Así supe que no estaba permitido ser enemigo de nadie más que Satán.

He visto a todos empeñarse y esforzarse por ganar su pan y subsistencia hasta el punto de ser llevados a caer en lo equívoco y en lo prohibido, terminando vencidos por sus almas y degradados. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «No hay criatura sobre la tierra que no reciba sustento de Dios». Así supe que mi sustento estaba en Dios Altísimo y que Él lo garantizaba, y me dediqué a Su servicio y corté en seco mis deseos de lo que no fuera Él.

He visto a todos poner su confianza en algo perecedero: unos en el dinero, otros en la riqueza y las propiedades, otros en el comercio y en el oficio, y otros en cosas semejantes. Esto me hizo meditar en las palabras del Altísimo: «A quien confía en Dios, Él le basta. Dios consigue lo que se propone. Dios ha establecido una medida para cada cosa». Así llegué a tener confianza en Dios, que me basta y es el mejor de los aliados.

Y dijo Shaqīq: «¡Dios Altísimo te valga! Yo he examinado la Torá, el Evangelio, los Salmos y el Corán, y he observado que los cuatro libros tratan justamente de estas ocho lecciones. Así pues, quien actúa de acuerdo con ellas, actúa de acuerdo con esos cuatro libros».

§

Oh hijo mío, con estas dos historias habrás comprendido que no te hace falta extender tus conocimientos; ahora te explicaré claramente lo que es indispensable para un viajero en el camino de la verdad.

Has de saber que el viajero necesita un maestro de sabiduría* como guía espiritual y mentor, para que por medio de su educación corrija los malos rasgos de carácter y los convierta en virtudes. La idea de la educación es comparable al trabajo del campesino que arranca los espinos y desyerba el sembrado para que crezca mejor y dé una cosecha abundante. Todo viajero necesita un maestro que lo refine[†] y lo guíe rectamente por el camino de Dios Altísimo, y es por eso mismo que Dios envió a sus siervos un mensajero a guiarlos rectamente por Su camino; al morir éste mensajero (*ṣallā*

**Sheykh*.

[†]Usado en el mismo sentido en el que los metales son refinados en el crisol.

'Llāhu ʿalayhi wa-sallam) designó sucesores* para que éstos guiaran a otros con rectitud por el camino hacia Dios Altísimo.

La condición de un maestro digno de representar al Enviado de Dios (*ṣalawātu 'Llāhi wa-salāmuhu ʿalayhi*[†]) es que sea sabio; sin embargo, no todo sabio es digno de ser un sucesor. Voy ahora a decirte claramente algunos de los signos que lo caracterizan en general, para que no venga cualquiera a presentarse sin más como guía espiritual.

Así pues, decimos: se trata de alguien que se aparta del amor del mundo y del amor de la fama, y tiene que haber sido discípulo de alguien dotado de discernimiento y cuya enseñanza se remonte por una cadena ininterrumpida hasta el Señor de los Enviados (*ṣallā 'Llāhu ʿalayhi wa-sallam*); tiene además que ser experto en mantener su alma contenta con poca comida, poco hablar y poco sueño, y con mucha oración, caridad y ayuno. Gracias a la frecuentación de dicho maestro esclarecido, ha llegado a convertir en rasgos de su carácter virtudes como la paciencia, la oración, la gratitud, la confianza en Dios, la certidumbre, el contentamiento, la ecuanimidad, la mansedumbre, la humildad, el conocimiento, la sinceridad, la modestia, la entereza, la seriedad, la calma, el tesón y otras semejantes, de modo que sea una luz de las luces del Profeta (*ṣallā 'Llāhu ʿalayhi wa-sallam*), y digno de ser tomado como ejemplo. Pero encontrar alguien así es difícil, ¡es más difícil que encontrar el Azufre Rojo[‡]!

Quien tiene la felicidad de encontrar un maestro como el que acabamos de describir, y de que éste lo acepte como discípulo, debe honrarlo exterior e interiormente.

Honrarlo exteriormente consiste en no ponerse a especular ni entrar en discusiones con él por ningún motivo, ni aun teniendo la razón. Asimismo, el discípulo no debe extender su alfombra de oración frente al maestro a menos que llegue la hora de la oración

**Khalifas*.

[†]«Las Bendiciones y la Paz de Dios sean con él».

[‡]*al-kibrīt al-aḥmar* es un término alquímico para llamar al elixir, la panacea universal o piedra filosofal que hace posible transmutar los metales viles en oro. En el lenguaje corriente se usa como punto de comparación con algo que se desea encarecer: «más valioso...» o «mejor...» que el azufre rojo. Es muy posible que se trate de un punto de contacto con la alquimia extremo-oriental, en la que el cinabrio (*dān*, sulfuro de mercurio), de hermoso color rojo, tiene un papel preponderante.

canónica, y en ese caso debe recogerla apenas termine, sin agregar oraciones suplementarias en su presencia; y en la medida en que su capacidad y sus fuerzas se lo permitan debe hacer todo lo que el maestro le ordene.

Honrarlo interiormente consiste en no rechazar en su fuero interno nada de lo que oiga y reciba exteriormente del maestro, ni obra ni palabra, so pena de caer en la hipocresía. Si no es capaz de hacer esto, es mejor que se separe de dicho maestro hasta que su interior sea consistente con su exterior. Por otra parte debe evitar socializar con gente mala, para así mantener fuera del recinto de su corazón la influencia de los demonios invisibles o humanos, y quedar limpio de la marca de Satán, prefiriendo siempre la pobreza a la riqueza.

Has de saber que la espiritualidad* tiene dos características: la rectitud para con Dios Altísimo y la parsimonia para con los hombres. Y quien es correcto para con Dios Fuerte y Majestuoso, y refina su carácter entre los hombres, y los trata con suavidad, ése es un iniciado[†] de verdad. La rectitud consiste en consagrar los dones del alma a los mandatos de Dios Altísimo; y el refinamiento del carácter entre los hombres consiste no en que ellos se sometan a la voluntad de tu alma, sino en que tu alma se someta a la voluntad de ellos, mientras no vayas en contra de los preceptos de la religión.

Luego me habías preguntado sobre la devoción; ésta consiste en tres cosas:

1. Observar los preceptos de la religión.
2. Vivir contento con las Decisiones, el Destino y el Término[‡] impuestos por Dios Altísimo.
3. Apartarte de la satisfacción de tu alma por buscar la satisfacción de Dios Altísimo.

Me habías preguntado también sobre la confianza en Dios: ésta consiste en confirmar tu creencia en Dios Altísimo por medio de sus promesas. Es decir creer que lo que Él ha destinado para ti ha de tocarte sin falta, aunque el mundo entero tratara de evitarlo, y creer que si algo no está escrito para ti, no te tocará ni con la ayuda del mundo entero.

**Taşawwuf*, literalmente «el convertirse en sufí», sufismo.

[†]Sufí.

[‡]Estos tres aspectos de la Omnipotencia Divina corresponden a los nombres de las tres Parcas (o Moiras) de la mitología griega: Cloto, Laquesis y Átropo.

Me habías preguntado también sobre la sinceridad: ésta consiste en que todos tus actos sean para Dios Altísimo, y en que tu corazón no se alegre con los elogios de los demás ni se aflija por sus reproches. Has de saber que la hipocresía nace cuando se le atribuye excesiva importancia a los hombres; y el remedio consiste en abrir los ojos y verlos como están a merced del poder Divino, y en considerarlos objetos inanimados, incapaces de obtener por sí mismos alegría o miseria; así te librarás de la afectación y los miramientos, en cambio, mientras les atribuyas algún albedrío y voluntad, la hipocresía no se alejará de ti.

§

Oh hijo mío, algunas de tus otras preguntas están contestadas en mis libros; busca allí las respuestas. En cuanto a las demás, es ilícito escribir sobre ellas. Más bien pon en práctica lo que ya sabes, y así te serán develadas las respuestas.

§

Oh hijo mío, a partir de hoy no me hagas más preguntas sobre lo que te produce dudas, a menos que las preguntas de tu lengua vengan desde tu corazón, pues como dicen las palabras del Altísimo: «Más les valdría ser pacientes y esperar a que tú salieras adonde ellos están», y atiende el consejo de al-Khadir* (*‘alayhi al-salām*): «No me preguntes sobre nada sin que yo hable de ello primero.» No te apures por alcanzar el momento justo, cuando se levante el velo y puedas ver: «Ya os haré ver Mis signos. ¡No os apureis!»¹⁶ No me interrogues pues, antes de tiempo, y ten la certeza de que si recorres el camino, llegarás, tal como lo dicen las palabras del Altísimo: «¿No han recorrido los caminos de la tierra y visto?»¹⁷

§

*«El verde», personaje coránico (Azora XVIII), uno de los inmortales de la hagiología islámica, es identificado ya con el Profeta Elías, con San Jorge, o con el misterioso Gigante Verde de los mitos europeos. Durante el día vaga por el mar y ayuda a los navegantes extraviados, tal como Elías ayuda a quienes van por montañas y desiertos.

Oh hijo mío, te juro por Dios que si recorres el camino verás maravillas en cada etapa. Entrega tu espíritu sin reservas, pues lo principal en esto es la entrega total del espíritu, como lo expresara Dhu Nun el Egipcio* (*raḥimahu 'Llāhu ta'ālā*) a uno de sus discípulos: «Si eres capaz de ofrecer tu espíritu sin reservas, ven; y si no, no vayas a perder el tiempo disfrazándote de sufí».

§

Oh hijo mío, ahora voy a darte ocho consejos; atiéndelos para que todo tu saber no se te vuelva enemigo el Día de la Resurrección; cuatro se refieren a lo que debes hacer, y cuatro a lo que debes evitar.

I. Lo primero a evitar es que, en la medida de lo posible, no discutas nunca con nadie por ningún asunto, pues hay en ello mucho de dañino, y su perjuicio es mayor que su provecho; en el mucho discutir está la fuente de todos los malos rasgos de carácter como la hipocresía, la envidia, la soberbia, el rencor, la agresividad, la arrogancia y todos los demás. Claro que si el objetivo de la discusión es hacer que reluzca la verdad en lugar de quedar perdida, entonces está permitido discutir con las dos condiciones siguientes: primero, no establezcas ninguna diferencia si la verdad en cuestión ha sido expresada por ti o por otra persona, y segundo, que la discusión en privado te resulte preferible a la discusión en público.

Y ahora pon atención para indicarte algo que te será útil: hacer una pregunta sobre algo difícil y complicado es como presentarle a un médico los síntomas de una enfermedad del corazón[†], y la respuesta dada es un intento de curar la enfermedad. Los ignorantes son los enfermos del corazón y los sabios son los médicos; pero el sabio a medias no puede tener éxito en la curación, y el sabio completo no cura a todo paciente: se cura quien pone en el médico la esperanza de su curación y su salud, y si la dolencia es crónica o un caso perdido que no tiene cura, entonces el arte del

*De origen nubio, Dhu Nun fue uno de los sufíes más famosos de su tiempo († 859). Se le atribuye la primera exposición sistemática sobre los estados y las estaciones (*aḥwāl wa maqāmāt*) del camino espiritual

[†]Ver el apéndice para la terminología psicológica, o más bien pneumatológica, usada por Ghazālī, y en particular para los diferentes significados de la palabra «corazón».

médico consistirá en decir «esto no tiene cura», y en no esforzarse en un tratamiento que sería en vano.

La enfermedad de la ignorancia es de cuatro tipos: uno de ellos tiene cura y los otros no. De los incurables, el primero es quien pregunta o argumenta llevado por su envidia y su odio, y cada vez que se le replica con una respuesta mejor, más clara y obvia, no hace más que aumentar en su odio y su agresividad y su envidia. El método a seguir consiste en no intentar responderle, pues como ya se ha dicho: «Hay esperanza del apaciguamiento de toda enemistad, menos la del enemigo consumido por la envidia.»

Conviene, pues, que te apartes de él y lo dejes con su enfermedad. Por algo ha dicho Dios Altísimo: «Apártate de quien vuelve la espalda a Nuestro recuerdo y sólo desea la vida del mundo.»¹⁸

Como dijo el Profeta (*‘alayhi al-salām*): «La envidia devora las buenas obras como el fuego devora la madera.»

El segundo de los incurables es el afligido por la estupidez, y esto tampoco tiene cura. Como dijo Jesús (*‘alayhi al-salām*): «En verdad, no me ha sido imposible resucitar a los muertos, pero no he podido curar la estupidez.» Se trata del hombre que se ha ocupado de estudiar un poco y por poco tiempo, y ha llegado a saber algo de las ciencias espirituales y de la doctrina, y entonces, en su estupidez, hace preguntas y se explaya ante el gran sabio que ha dedicado su vida a las ciencias espirituales y doctrinales; este tonto no entiende nada, y se figura que lo que para él es oscuro, lo es también para el gran sabio, y como ni siquiera se da cuenta de esto, sus preguntas vienen de su estupidez. Conviene no intentar responderle.

El tercero está en busca de orientación, y achaca su incompreensión de las palabras de los grandes a su propia incapacidad de comprender, y cuando pregunta es para obtener provecho, pero es un simple, no alcanza la verdad profunda, y tampoco debes intentar responderle. Como dijo el Enviado de Dios (*ṣallā ‘Llāhu ‘alayhi wa-sallam*): «A nosotros, todos los profetas, se nos ha ordenado hablarle a los hombres según la capacidad de sus intelectos.»

Ahora bien, la enfermedad que sí tiene cura es la del buscador de orientación dotado de naturaleza espiritual y de inteligencia, que no es presa de la envidia ni de la ira ni del apego a los deseos, la fama o la riqueza; es un seguidor del camino ascendente, y sus preguntas y sus intervenciones no provienen de la envidia ni de la

obstinación o la capciosidad. Éste tiene cura, y es lícito responder a sus preguntas; aun más: es tu deber responderle.

II. Lo segundo a evitar consiste en cuidarte de ser un sermoneador y un predicador, pues hay en ello mucho de dañino, a menos que primero actúes según lo que dices y luego prediques a los demás según lo que haces. Piensa en lo que le fue dicho a Jesús (*‘alayhi al-salām*): «Oh hijo de María! Predícale a tu propia alma, y cuando ya hayas predicado así, anda entonces y predicas a los hombres, no vayas a avergonzarte ante tu Señor.» Si de todas maneras te ves puesto a prueba por dicha ocupación, has de guardarte de dos características: primero, de ser pretencioso al hablar con perogrulladas, muecas, exageraciones, rimas y poemas, pues Dios Altísimo detesta a los pretenciosos, y quien es pretencioso da muestra de su ruina interior y la dejadez de su corazón.

«Predicar» significa hablarle a los creyentes del fuego del infierno y de la negligencia de sus almas en el servicio del Creador, y hacerlos meditar sobre todo el tiempo que han perdido ocupándose de lo que no les atañe, y hacerlos meditar sobre lo que les espera de obstáculos, sobre el vacilar de la fe en el momento final, sobre cómo van a estar cuando los constriña el Ángel de la Muerte, si serán capaces de hacer frente a las preguntas de Múnkar y Nakir*, y hacerlos preocuparse por el Día de la Resurrección y por el lugar que les tocará entonces, y por si cruzarán el Puente sanos y salvos o caerán al Abismo[†]. El recuerdo de todas estas cosas ha de permanecer en sus corazones quitándoles la tranquilidad. Avivar estos fuegos y deplorar estas calamidades se denomina «predicar». Y dar a conocer estas cosas a los hombres y advertirles de sus carencias y sus excesos, y hacerles ver los defectos de sus almas, de modo que el ardor de estos fuegos alcance a la gente de la congregación y estas calamidades los inquieten hasta el punto de hacerlos enmendar en lo posible su pasado, lamentando los días perdidos en la desobediencia de Dios Altísimo: todo esto, de la manera descrita, llamamos «sermonear». Es como si vieras una inundación abalanzarse sobre la casa de alguien que está allí

*Dos ángeles encargados de interrogar a los muertos en sus tumbas y castigarlos si las respuestas no son satisfactorias. Las preguntas son tres: «¿Quién es tu Señor? ¿Cuál es tu fé? ¿Quién es tu profeta?»

†El Puente tendido sobre el Abismo del Infierno es más fino que un cabello y más filoso que una espada. Los creyentes lo cruzan a la velocidad del relámpago, o del viento, o como corceles, mientras que los impíos resbalan y caen.

junto con su familia, y les dijeras: «Cuidado, cuidado, viene la inundación!» ¿Es que acaso, en tales circunstancias, tu corazón te permitiría hablarle pretenciosamente a tu prójimo el de la casa, con perogrulladas, finuras y exageraciones? Por supuesto que no, de ninguna manera. Tal es la situación de quien da sermones, y debes evitarla. En segundo lugar debes guardarte de poner empeño en dar sermones con la finalidad de que la gente reunida a tu alrededor alce la voz de la emoción y se rasgue las vestiduras, y comenten: «Qué maravilla de reunión!» Todo esto es apego al mundo, y ésto es producto de la indolencia. Pon más bien tu voluntad y tu esfuerzo en incitar a los hombres de este mundo al otro, de la rebeldía a la obediencia, de la mundanidad a la ascesis, de la avaricia a la generosidad, de lo dudoso a lo cierto, de la indolencia al celo y del engaño al temor de Dios, y en hacerlos amar el más allá y detestar este mundo; enséñales la ciencia de la adoración y la ascesis, y no vayas a hacer que se ilusionen con la generosidad de Dios Altísimo (*‘azza wa-jalla**) y con Su Misericordia, porque su tendencia mayor es a alejarse del camino claro de la religión y a acercarse a lo que no contenta a Dios Altísimo y acostumbrarse así a vivir en el vicio. Pon en sus corazones miedo, y adviérteles, y prevenlos de los horrores que les esperan; puede ser que las cualidades de su vida interior se transformen y las acciones de su vida exterior cambien, y que salgan a relucir una pasión y un deseo por la obediencia y por dejar de ser rebeldes.

Ésta es la manera correcta de dar sermones y consejos, y todo sermón que no sea como queda dicho es una maldición tanto para quien lo da como para quien lo recibe; es más, se dice que un mal predicador es un vampiro[†] y un diablo que aparta a los hombres del camino y acaba con ellos; y deben huir de él, pues ni Satán mismo podría corromper la religión tanto como este hablador. Y quien tenga poder y autoridad debe hacerlo bajar del púlpito y prohibirle seguir con su prédica, atendiendo en esto al precepto de «exhortar al bien y prohibir la maldad».

III. Lo tercero a evitar consiste en no mezclarte con príncipes y gobernantes, y en no verlos, pues en el verlos, y en sentarse en

* «¡Todo fuerza y majestad!».

† Ár. *ghul*, nombre genérico de las entidades oscuras y malignas del mundo sutil: lémures, lauras, manes, espantos, licántropos, considerados en sus aspectos más destructivos y enemigos de la humanidad. Se refiere aquí en particular a los espantos que bajo diversas formas extravían y matan a los viajeros en la noche.

su compañía y en mezclarse con ellos hay un enorme daño. Si, no obstante, eres sometido a esta prueba, abstente de elogiarlos y celebrarlos, pues Dios Altísimo se irrita cuando un tirano y un impío es elogiado, y quien ora pidiendo que tales hombres permanezcan en el poder, está de hecho deseando que Dios sea desobedecido en la tierra sometida a dicho régimen.

IV. Lo cuarto a evitar consiste en no aceptar ninguno de los dones de los príncipes, ni sus regalos, ni aunque supieras que se trata de algo lícito, pues esperar cosas de ellos corrompe la religión. En efecto, esto engendra adulación, parcialidad hacia ellos y aprobación de sus injusticias, y todo esto es corrupción en la religión. Lo mínimo que podría sucederte es que por aceptar sus regalos y aprovechar las cosas de su mundo, les tomaras cariño; ahora bien, quien se encariña con alguien desea por fuerza que tenga larga vida y permanezca, y desear la permanencia de un tirano equivale a tener la voluntad de que las criaturas de Dios Altísimo padezcan la tiranía, y la voluntad de que el mundo sea destruido. ¿Y qué puede ser peor que esto para la religión y para el logro de nuestro objetivo? ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! ¡Que no te engañen la fascinación de los demonios o las palabras de algunos hombres, haciéndote creer que lo mejor y lo más conveniente es aceptar el dinero de aquellos para distribuirlo luego entre los pobres y los necesitados, diciéndote: «Ellos lo van a gastar en su depravación y su desobediencia, mientras tú puedes gastarlo de manera mucho mejor dándolo a los pobres». Ten cuidado te digo, pues el Maldito ha quebrado muchos cuellos de hombres susurrándoles cosas parecidas. Pero ya he hablado de estas cosas en la *Revivificación de las Ciencias*, así que búscalo allí.

Y ahora pasemos a las cuatro cosas que debes hacer:

V. Lo primero es que manejes tus asuntos con Dios Altísimo de manera tal que si un servidor tuyo se comportara igual contigo, tú estarías complacido y no le retirarías tu favor ni podrías enojarte con él; y lo que de este servidor hipotético no agradare a tu alma, eso tampoco agrada a Dios Altísimo, y Él es en verdad tu Señor.

VI. Actúa en todos tus asuntos con los hombres de la misma manera en que a tu alma le gustaría ser tratada por ellos, pues la fe del creyente no es perfecta hasta que no desea para los demás lo que desea para su propia alma.

VII. Que cuando enseñes o estudies algo, sea siempre algo que cultive tu corazón y purifique tu alma. Es como si, por ejemplo, te enteraras de que sólo te queda una semana de vida, en cuyo caso no gastarías esa semana estudiando derecho, ética, principios legales, teología y cosas por el estilo, pues te darías cuenta de que estas ciencias no te dejan nada. Más bien te dedicarías a la observación atenta del corazón y al conocimiento profundo de los atributos del alma, a desprenderte de los apegos del mundo, a purgar tu alma de vicios, y te dedicarías al amor de Dios Altísimo y a Su servicio, y a adquirir y cultivar las mejores cualidades. ¡Y no pasan un día y una noche sin que la muerte de cada creyente sea una posibilidad real y cercana!

Oh hijo mío, escucha ahora estas palabras que voy a decirte, y medítalas hasta encontrar la salvación: Si te dijeran que en el plazo de una semana viene a visitarte un gran príncipe, sé que te dedicarías exclusivamente a arreglar todo aquello que iba a caer bajo la mirada del príncipe: la ropa, tu propio cuerpo, la casa, los muebles y otras cosas. Y ahora medita sobre lo que estoy queriendo indicarte, pues eres inteligente, y a quien es despierto una sola palabra le basta. Dijo el Enviado de Dios (*‘alayhi al-ṣalātu wa-al-salām*): «Dios no anda mirando vuestros rostros y acciones, sino que mira vuestros corazones e intenciones». Si quieres saber cuáles son las estaciones por las que pasa el corazón, lee la *Revivificación* y otras de mis obras. Y aprender y llegar a saber sobre esta ciencia es deber y responsabilidad de cada individuo, mientras que de las otras ciencias sólo es obligatorio aprender lo necesario para cumplir con los preceptos de Dios Altísimo. ¡Que Él te ayude a lograrlo!

VIII. Por último, no acumules más bienes materiales de los que te bastan para un año, y haz como el Enviado de Dios (*‘alayhi al-ṣalātu wa-al-salām*) que, pensando en las provisiones anuales de algunas de sus esposas, oraba así: «Dios mío, haz que el alimento de la familia de Muhammad sea suficiente». Pero sólo oraba así en consideración con aquellas de sus esposas en cuyos corazones reconocía debilidad; en cambio cuando estaba con alguna de sus compañeras en la certeza, apenas si pedía sustento para un día, o incluso medio día.

Oh hijo mío, con esta exposición he respondido a tus peticiones. Ahora te queda a ti ponerla en práctica, y al hacerlo no te olvides de mí en tus oraciones más piadosas.

En cuanto a la plegaria que me habías pedido, busca entre las colecciones de hadices auténticos, y recita la siguiente cada vez que puedas, y en particular después de tus oraciones diarias:

Dios mío, aquí estoy; te pido
la perfección de Tu Gracia,
la perpetuidad de Tu Protección,
la universalidad de Tu Misericordia,
el advenimiento de Tu Perdón,
la abundancia en la existencia,
la más dichosa de las vidas,
el más perfecto de los favores,
la más delicada de las atenciones y
la más íntima de las gentilezas.

¡Dios mío, sosténnos; no te opongas a nosotros!

Dios mío, pon el sello de la felicidad a nuestra última hora, haz de nuestras esperanzas una abundante realidad, reúne en bienestar nuestras mañanas y noches, orienta nuestro destino y fin último hacia Tu Misericordia, derrama sobre nuestras faltas el don de Tu Perdón, otórganos la corrección de nuestras faltas, haz del temor de Dios nuestro bastimento para la ruta, pon nuestros esfuerzos en Tu Religión, y que nuestra confianza y dependencia estén puestas en Ti.

Dios mío, establécenos en la vía de la rectitud; protégenos durante esta vida de lo que podría ocasionarnos arrepentimiento el Día de la Resurrección; alivia el peso de nuestras faltas; concédenos la vida de los piadosos; cuídanos y aparta de nosotros la maldad de los inicuos; líbranos, con nuestros padres y madres, hermanos y hermanas, del Fuego, por Tu Misericordia ¡oh Poderoso, oh Indulgente, oh Generoso, oh Clemente, Omnisciente, Todopoderoso Dios, Dios, Dios! por Tu Misericordia, oh Tú el más misericordioso de los misericordiosos, Primero entre los primeros y Último de los últimos, Señor de la Fuerza y la Tenacidad, Misericordioso ante los necesitados, Infinitamente Misericordioso ante los misericordio-

sos, No hay Dios sino Tú, Glorificado seas.

Aquí estoy: un pecador más.

Y Dios bendiga a nuestro señor Muḥammad y a su familia y compañeros todos.

والحمد لله رب العالمين

wa al-ḥamdu li-Llāhi rabbi al-‘ālamīn *

*y alabado sea Dios, Señor de los Mundos.

Referencias coránicas

¹Corán, LIII:39. De aquí en adelante las referencias al Corán sólo llevarán números de azora y aleya.

²XVIII:110.

³IX: 82, 95.

⁴XVIII: 107-108.

⁵XIX: 59-60.

⁶VII:56.

⁷Alusión a XII: 53. Ver Apéndice.

⁸XXXII: 12.

⁹VII: 179.

¹⁰XVII: 81.

¹¹LI: 18.

¹²III: 115.

¹³LXXIX, 40-41.

¹⁴XVI, 96.

¹⁵XLIX, 13.

¹⁶XVIII: 70.

¹⁷XXX: 9.

¹⁸LIII: 29.

¹⁹VIII: 24.

²⁰LIX: 19.

²¹XVII: 86.

²²LXXXIX: 26-27.

²³LXXV: 2.

²⁴XII: 53.